

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

PRISA

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | narrativa

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

MARTA ROS

# PRISA

XXXI PREMIO DE NOVELA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

el paseo, 2026



Esta novela, **PRISA**, de Marta Ros, resultó ganadora del XXXI CERTAMEN DE LETRAS HISPÁNICAS DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA «RAFAEL DE CÓZAR» (AÑO 2024/25), en la modalidad de NOVELA, tras deliberación celebrada el día 13 de octubre de 2025, en la sede del Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla (CICUS), por un jurado presidido por Luis Méndez Rodríguez, director general de Cultura y Patrimonio de la US, y formado por Eva Díaz Pérez, Ignacio F. Garmendia, Verónica Pacheco y David González Romero (en representación de El Paseo editorial).

© Marta Ros, 2026  
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2026  
[www.elpaseoeditorial.com](http://www.elpaseoeditorial.com)

1.ª edición: junio de 2026

Fotografías de portada: © Aida Gren

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL  
Maquetación y cubiertas: Jesús Alés  
Corrección: Alejandro Gago  
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-19188-89-2  
DEPÓSITO LEGAL: SE-2137-2026  
CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

## Contenido

Los cinco pisos del edificio estrecho .....	II
El golpe .....	49
El tiempo por la prisa .....	73

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

*Para Aida*

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

## Los cinco pisos del edificio estrecho

La conocía de cara, de verla por el barrio. Siempre que nos cruzábamos se me quedaba mirando con cara de querer decirme algo, pero no lo hacía. No me enteré de que era mi vecina hasta un año después de mudarme. La vieja me observaba a mí mucho más de lo que yo me fijaba en ella. No me paré a mirarla hasta que empecé a fumar. Entonces lo hacía para castigarme, me hacía sentirme mal. Le costaba hacer dos cosas a la vez; andar y respirar. Siempre fumaba. Cigarros gordos de liar. Como yo lo de liar. Y como la del piso de arriba, que se llamaba igual que yo.

Cuando terminaba la carrera, surgió lo de estudiar el máster de investigación. Desde que me matriculé me di cuenta de que había caído en la trampa académica. Ya no importaba el cine, sino lo cerca que estaba el doctorado, o sea, la salvación. Los compañeros y yo éramos más de letras que de artes. Los profesores nos tentaban a no abandonar nunca la universidad y así librarnos de la ansiedad del trabajo por cuenta propia, la que sufrían nuestros compañeros guionistas, directores y técnicos de rodaje. Cuando afrontábamos el final del máster, teníamos lavado el cerebro y buscábamos tesis como un jabalí busca trufas. Nos enviábamos memes por el grupo de WhatsApp en los que siempre figuraba la palabra «doctor». Nunca íbamos a salir de la universidad, no la terminaríamos, como los demás. Sin poner un pie en el mundo real, tendríamos que enseñar cómo era. Seríamos los cineastas frustrados que dan clase a los cineastas que aún no se han frustrado y nos

daba igual o, al menos, no era un tema que sacáramos a relucir entre las cervezas del fin de semana. Al año siguiente la mitad querían entrar de adjuntos en las asignaturas de los primeros cursos de cine y ya habían empezado a redactar correos lameculos a los profesores que nos habían dado clase cuando nosotros éramos los ingenuos que querían suplantar a Almodóvar. Yo todavía no me sentía preparada para enseñar, pero no le contaba a nadie que me parecía una estafa aquello de explicar a qué huele lo que no has oído. Prefería pensar que el pudor se me pasaría, como se les pasó a todos los demás conforme nos acercábamos a las presentaciones del TFM. Lo académico era tedioso, pero la ficción era divertida. Éramos los estudiosos del cine y, por lo tanto, no nos considerábamos empollones. Pero lo éramos, y del peor tipo: los que se creen que pueden explicar el arte.

El asunto empezó en clase de Bibliografía. Quedaban tres meses de los dos años de formación de posgrado. A ninguno nos entusiasmaba la investigación de fuentes, ni siquiera al más pringado de clase, el que no venía a las cervezas de los viernes porque no había probado ni la cero cero. Un jueves tarde aprendíamos a manejar un programa que, al volcarle los enlaces de todos los textos que habías leído, te devolvía un listado con las referencias por orden de título, año, autor o lo que te viniera en gana. El profesor de Bibliografía amenazaba al menos siete veces por lección con que el que no utilizara un mínimo de veinte fuentes distintas de documentación, suspendería el trabajo final. Y ojo, tenían que estar bien justificadas. Ninguna de ellas podía ser Wikipedia y los enlaces de visionado de las películas tampoco valían. Como a alguien se le ocurriera mencionar ChatGPT, ya se podía ir olvidando del puesto de adjunto

para el año siguiente, por muchos correos lameculos que hubiera enviado. La IA, de todas maneras, nunca te daba las fuentes correctas, así que las preguntas que le hicieras no te iban a valer de mucho. Lo comentábamos en las cervezas: que la máquina, si se lo pedías, te referenciaba ensayos al tuntún, de cosas sin venir a cuento. Y como alguien se pusiera a comparar lo que habías escrito con la referencia, a la mierda. Adiós al puesto de profe dos en Historia de la Televisión I. En la carrera éramos los listos que no le tenían miedo al suspenso porque a memorizar y redactar textos largos y sin gracia no nos ganaba nadie. Ahora todos nos habíamos tragado el orgullo alguna noche de frustración, sentados ante mil páginas de referencias para nuestros trabajos, hablándole a los robots del ordenador para intentar que nos solucionaran las dudas y solo conseguir, con sus respuestas inútiles, que nos recordaran que los humanos somos muy tontos para muchas cosas todavía.

El caso es que la fuente por excelencia en clase era Academia.edu. Era una web que necesitaba suscripción de pago. Nosotros, ratas y pobres, compartíamos una cuenta para toda la clase. La jugada nos salió mal porque te saltaban al correo los artículos referenciales para trabajos de otros compañeros. Te tirabas más tiempo dándole al botón de papelera que leyendo lo que sí era para ti. Pero seguía siendo la plataforma por excelencia. El jueves tarde el profe de biblio nos estaba explicando el programa aquel de ordenar referencias cuando sonó la notificación del *mail* en todos nuestros ordenadores al unísono. Solo podía significar una cosa: el algoritmo de Academia.edu había encontrado un artículo que a alguno de los diecisiete que éramos le serviría para su TFM. Yo, que no me aclaraba con el programa de ordenar la bibliografía, no aparté la atención del profesor

hasta que Nuria, una chica bajita, culona y morena que era más enemiga que amiga mía porque tendíamos a interesarnos por los mismos temas y ella tenía 0,2 más de media en la carrera, me enseñó la pantalla de su ordenador:

*The Stereotyping of Spanish Characters and their Speech Patterns in Anglo-American Films*, by Samara Fowles Martín.

«El estereotipo de los personajes españoles y sus patrones de discurso en películas angloamericanas», escrito por: mí.

Ese era mi nombre completo y la Academia.edu me recomendaba leer el artículo para mi trabajo final de máster que trataba, precisamente, sobre el referente americano en el cine español de la actualidad. Todos mis compañeros me miraron:

–¿Te publican y no nos dices nada? –saltó Dani, que llevaba dos años invitándome a cañas para acercarse a mí, pero nunca lo iba a conseguir porque yo tenía bien claro lo lesbiana que era y, por consecuencia, el interés nulo que sentía hacia él.

–No lo he escrito yo.

«Más quisiera», pensé esa noche al leerlo en casa, era un artículo excelente. La comidilla dio que hablar durante un par de semanas. Ya les había pasado a mis compañeros alguna vez, casualidades de la vida, gente con nombres parecidos o idénticos que se dedicaba a los mismos ámbitos académicos. Pero un Óscar Fuentes, Ana García o Javier Castillo era una cosa; Samara Fowles era distinto. Que existieran dos Samara Fowles Martín en el mundo me parecía un mito. El texto encajó como un guante, avancé casi siete páginas de mi ensayo. Por la noche llamé a mi madre para cenar juntas por videollamada. Eran mis diez, sus nueve en La Gomera. Me notó el buen humor y le conté

que había mejorado el texto. Ella se alegró porque sabía de mis frustraciones con el TFM.

–Mamá, ¿qué más Fowles conoces aparte de papá?

–A ninguno, ni tengo intención. No quiero volver a ver a un choni –así es como llamamos los canarios a los extranjeros, viene de «Jhonny»–, vamos. Si escucho el «jelou», ya salgo corriendo.

Mamá no tuvo suerte con papá. Se enamoraron durante las vacaciones de él en las islas y luego se vinieron los dos para acá, a la capital. Estuvieron yendo y viniendo hasta que yo nací. Eso fue allí, en mi Gomera. Luego volvimos a Madrid, me dijo mamá, aunque tiene el recuerdo borroso porque fueron años feos. El caso es que yo me crié entre allí y aquí. Con sol y playa, nieve y lluvia. Nunca he tenido mucho acento porque mi madre creció en la península. Ahora se empezaba a reencontrar con sus haches aspiradas y yo me alegraba de que abrazara su forma de ser más canaria, que era la más divertida. En cuanto a mis raíces, siempre agradecí oscilar entre tierra firme e islas. Me gusta volar y la lejanía. Y también me gustó tener dos lenguas, español e inglés, y pensar que me enriquecían y que, ya fuera en una o en otra, podía encontrar palabras para todo. Pero de mi papá no agradezco nada más. Guiri hijo de puta.

Me acosté repasando mentalmente mis nuevos párrafos explicativos y recordando las palabras de la otra Samara que escribía artículos. No le conté a mi madre la coincidencia, ni ese día ni en todos los que, después, tuve la oportunidad. Pasaron dos semanas y se acercaba el final de –¿la universidad? No, solo de– el máster, y el consecuente inicio del doctorado. Y se cumplía un año de cuando me estaba mudando, mi primer año viviendo sola. Había compartido piso cinco cursos y me tiré el quinto entero

buscando un estudio para mí sola y contando los días para mudarme. El que haya vivido en piso de estudiantes entenderá. Me cupieron todos los trastos en dos maleteros del coche de Javier Castillo, el chico de mi clase que también había encontrado su nombre en algún artículo que no había escrito, y en cuestión de cuatro días estaba instalada en el nuevo piso.

Me sorprendió tanto la estrechez del edificio que le envié una fotografía a todos mis amigos. «Mirad –les decía–, es enano». Pero eso no era cierto del todo. El edificio tenía cinco plantas: una boardilla, cuatro pisos estrechos y un bajo abandonado con un rótulo de relojería. La construcción gritaba: «Bienvenida al Rastro» y yo estaba encantada con la acogida. En cada planta cabía un solo apartamento, en el sentido de lo ancho sí que era pequeño. Las viviendas eran de unos sesenta metros cuadrados. Para mí sola, por aquel precio –que aún pagaba mi mamá porque yo no había terminado la universidad, porque no iba a escapar de ella y acabaría enseñando de lo que no sabía sin haberlo hecho– era mucho espacio, aunque el edificio se viera fideo en comparación con los gigantes contiguos.

A lo largo de ese primer año viviendo allí nunca vi a la vieja. En Madrid no existe eso de la vecindad que tienen los pueblos. En el lugar del que yo vengo, creces sabiendo el nombre de cada vecino, vivas o no en un edificio. Yo siempre viví en pisos, tanto en la isla como aquí. Y de allí me acuerdo hasta de la rima que había hecho para no confundir a la doña de arriba con la de abajo –es curioso que las casas siempre son de las mujeres cuando eres niña, ¿no? Da igual el hombre que las acompañe, tú vas a la casa de ellas–. Pero en la capital las cosas no funcionan así. Es como si todos estuviéramos intentando encubrir algo, con el afán de pasar

desapercibidos, de no hacer excesivo ruido. Ya sea porque tienes al gato metido de ilegal según contrato o porque se te pone la voz rara cuando entablas conversación con desconocidos, te esfuerzas por no establecer contacto visual para así no tener que saber de la vida de los demás. Cuando me vine a estudiar, se me contagió aquella manía de ignorar al que vive puerta con puerta. Con el TFM a la vuelta de la esquina, ya ni sonreía al pasar por el rellano, ni me fijaba en si habían dejado la carta de algún vecino por error en mi piso y, si el cartero llamaba pero yo no lo esperaba, no le abría para que no me encasquetara un paquete que no era mío. Aun así, el día solo tiene veinticuatro horas y, encima, los humanos tendemos a usarlas para lo mismo cuando compartimos franja horaria. Con el paso de los meses fui identificando al resto de los habitantes de mi miniedificio. En el primero vivía una familia con un bebé. En eso reparé el primer día y los llantos me hicieron cogerle el gusto a la biblioteca de la universidad en temporada de gripe. La mujer se veía amable, de las pocas que no parecían esconder un cadáver, pero no lo puedo jurar porque yo sí que me hacía la sociópata y marchaba a paso ligero cabizbaja al cruzarnos, susurrando un «hola» que sonaba como un zumbido en forma de «m» y «a» –cosa curiosa porque «hola» no lleva ninguna «m», pero cuando tienes los labios cerrados y hablas rápido, bajito y con vergüenza, te sale así–. En el segundo vivía otra niña, pero esta no berreaba, ella, preadolescente, le gritaba a su mamá. Todo el día que si déjame salir, que si esto, que si lo otro. Al final me enteraba de todo porque las tenía justo bajo los pies y el edificio parecía estar construido con papel de fumar, la misma capa fina que filtraba el constante olor a tabaco que desprendía la señora que vivía sola en el piso de arriba. Olía a madera quemada todo

el día, pero no salía un ruido de allí. Prefería mil veces tenerla a ella arriba que a cualquiera de las familias que vivían debajo de mí. La vecina de arriba solo hacía ruido a eso de las doce de la noche. Se escuchaban sus pasos de un lado para otro, «tá, tá, tá, tá», y luego el agua de la ducha corriendo. Se duchaba un buen rato, lo menos media hora, y luego otra vez silencio, así hasta la noche siguiente. Era metódica como un reloj. Envidiaba su rutina porque yo apuntaba maneras de tener una casi igual de estricta: todos los días despertaba a las 07:47, ponía la cafetera a trabajar a las 07:53, cerraba la puerta del apartamento a las 08:21 y a partir de ahí todo se descontrolaba. El metro nunca pasaba a la misma hora; los profesores a veces llegaban tarde y otras temprano; me cambiaban las clases de día o de hora; los amigos decían de quedar un jueves o miércoles de vez en cuando. La vida no me permitía ser tan metódica. Pero la vecina de arriba no tenía vida. Y luego estaba la boardi-lla. No fue hasta después de un año viviendo allí que descubrí quién la habitaba.

Un mes después de encontrar el artículo de la otra Samara Fowles, me llegó una nueva notificación de Academia.edu al *mail*. Esta vez me anticipé a mis compañeros, aunque antes de que hubiera terminado de leerlo ya estaban mandando pantallazos por el chat grupal:

*Surviving competition in the worldwide's cinema industry: a move-structure analysis of Warner classics blurbs*, by Samara Fowles Martín.

«Sobrevivir a la competencia de la industria del cine a nivel mundial: un análisis de la estructura móvil de las sinopsis clásicas de Warner», por Samara Fowles Martín.

El artículo era genial. Genial de genialidad. Lo habría copiado para mi TFM, palabra por palabra, de no ser porque

ChatGPT era una herramienta más útil para que los profesores pillaran los plagios que para que los alumnos pudieran hacerlos. Cambié la estructura y renombré algunos conceptos. Las quince páginas de análisis engordaron mi apartado de «contexto». De nuevo, mis compañeros me acusaron de callarme las buenas noticias. Pero no, no lo había escrito yo. Algunos de ellos no me creían.

–Escríbele. Seguro que sale si la buscas en LinkedIn.  
–Dani, que aparte de tener un fetiche con las lesbianas tendía al *mansplaining*, pretendía resolver el enigma al siguiente viernes de cervezas.

–¿Qué te crees? Ya lo he hecho. Pero no tiene.

–¿Y no has probado a comentarle en el artículo? Igual te responde. –Nuria también se mostraba deseosa de ayudarme. Quizás para asegurarse de que esa Samara Fowles no era yo, su mayor competidora en la universidad. De haberlo sido, hubiera dado igual cuántos culos hubiera lamido, pues yo me habría quedado con la medalla por la que, en ese año, las dos competíamos; la publicación de nuestro ensayo final de máster con la editorial de la universidad.

Nuestra uni publicaba un ensayo al año en formato impreso, papel del bueno y tapa dura, de la que pesa, para que pudieras presumir de él aireándolo entre las manos y firmárselo a tus amigos, que estarían más que picados, especialmente Nuria si me lo llevaba yo; especialmente yo si le concedían el premio a ella. Solo publicaban el mejor ensayo, uno por promoción. Organizaban conferencias y te enviaban a ferias para hablar de la movida a la que le habías dedicado dos años de tu vida. También dabas masterclases a los de primero de carrera. Era un sueño mejor que ser adjunto y, como todo lo que tuviera que ver con lo académico, requería, además de un gran esfuerzo, de unos buenos

lametazos de culos. Intuía que, en ese sentido, Nuria y yo estábamos a la par, éramos las que más posibilidades teníamos de conseguir la publicación. Las dos decíamos, cuando los demás preguntaban, que nosotras no mandábamos correos haciéndole la pelota a nadie, pero era mentira, tanto por su parte como por la mía.

A mes y medio de la presentación del TFM, cualquier distracción me agobiaba. Incluso prescindí de las llamadas con mamá en la cena entre semana. Necesitaba concentrarme para ganar y Academia.edu empezaba a fatigarme. Me desvinculé de la cuenta grupal y me abrí una nueva, solo para mí, a expensas de la pensión que me seguía pasando mamá, generosa pero escasa, porque es lo que tiene vivir en la capital, que mucho siempre parece poco. Los compañeros quitaron mis referencias de sus búsquedas para ponérselo más fácil y yo limité mi nueva cuenta a lo único que me pudiera incumbir para mi proyecto y, también, a algún que otro parámetro que le interesaría a Nuria, para ver cómo avanzaba con lo suyo y saber cuánto debía estresarme yo por ello. Al principio el *mail* silencioso se me hizo extraño, pero al cabo de un par de días ya lo estaba agradeciendo. En primavera, el bebé del primero había dejado de ser una olla exprés y la adolescente del segundo se ve que se había echado novio, novia o algo, porque no se enfadaba tanto. Yo avancé con mi ensayo a pequeños pasos, como se avanza cuando ningún artículo escrito por alguien que se llama igual que tú te lo da todo mascado. Fue en esas semanas de tranquilidad cuando recabé en quién era la persona que vivía en el quinto, la boardilla del edificio, a la que todavía no había visto allí dentro porque resulta que ella repartía las veinticuatro horas del día de otra manera.